

Aguas aéreas

Derek Walcott (1930-2017)

David Huerta

En marzo del año 2000, el poeta veracruzano José Luis Rivas conoció en persona al poeta santalucí Derek Walcott. Se encontró con él en la ciudad de Guadalajara, a donde Walcott había viajado como invitado especialísimo de la Cátedra Julio Cortázar, creada en memoria del fabulista argentino por sus amigos Gabriel García Márquez y Carlos Fuentes.

En cuanto al oficio, o si se quiere *oficialmente*, Walcott asistía a la Cátedra Cortázar como poeta en medio de tantos nombres de narradores. Pero el poeta caribeño era un gran contador de historias, no inferior en absoluto, en cuanto tal, a sus colegas mexicanos, colombianos y argentinos, con uno de los cuales, García Márquez, ya compartía el nombre en la lista de distinguidos con el Premio Nobel. Compartía otras cosas, más interesantes: un robusto sentido del humor, una saludable socarronería, una simpatía avasalladora, y sobre todo el genio literario hecho de chispas y de inspiraciones oceánicas, cimiento y raíz de sus obras maestras, como el prodigioso libro-mar titulado *Omeros*. Ahora esos dos, el colombiano García Márquez y el santalucí Walcott, han muerto; el mexicano Carlos Fuentes falleció en mayo de 2012. Walcott murió en su natal Santa Lucía el 17 de marzo de 2017, a los 87 años de edad. La muerte de Walcott, como me escribió el escritor guajuatense Carlos Ulises Mata, ha dejado entre nosotros un “nuevo silencio”. Un silencio suntuoso, diría yo; un silencio grávido de signos y significaciones para los tiempos actuales, obstinadamente negadores de la imaginación y de los poderes de las palabras poéticas, a cuya conjunción afortunada en los poemas valiosos suelo llamar “un milagro secular”. El silencio

secular nacido de la muerte de Walcott es del tamaño del mar.

Ese encuentro en Guadalajara entre Rivas y Walcott fue visto, acaso, por muy pocas personas; seguramente la compañera de Walcott, Sigrid Nama, estaba allí. Yo no vi esa escena, para mí, paradójicamente inolvidable. La recuerdo como si la hubiera visto; la explicación de ello no puede ser más hermosa y se explica por el poder de las palabras. Cuando le pregunté a Rivas sobre sus sentimientos al encontrar a ese poeta formidable, su maestro y guía, me respondió como si hablara para las edades: “Fue como si abrazara yo el Árbol del Tule”, el sabino duomilenario de Oaxaca.

Más tarde, Sigrid Nama y Walcott debieron aguantar una explicación apresurada sobre la índole de esa criatura prodigiosa, una presencia monumental del mundo vegetal ya viva y palpitante cuando andaba por la Tierra el Redentor. Sigrid Nama escuchó con atención y desde entonces, y durante los días de Guadalajara, llamó a su compañero “Tulito”; Walcott asentía con una media sonrisa, y quiero creer en su gusto por el apodo. Podrá parecer una simpleza y acaso lo sea; no lo es el testimonio de José Luis Rivas sobre ese abrazo de dos poetas grandes.

A mí todo esto me parece entrañable y conmovedor: no puedo y no quiero sentir de otra manera. Lo diré de otro modo: cuando Rivas me dijo “fue como si abrazara yo el Árbol del Tule”, lo entendí todo perfectamente. Podría explicarlo aquí, pero no voy a hacerlo.

A esos días luminosos de Guadalajara siguieron otros encuentros mexicanos con el poeta de *Omeros*, naturalmente presi-

didados por él y por su traductor, José Luis Rivas. En 2008 Walcott leyó poemas en el Museo Nacional de Arte (Munal); lo invitó a México la poeta Enzia Verduchi, quien consiguió asimismo el traslado del poeta a Campeche, para un paseo por esa ciudad amurallada del Golfo de México.

La lectura en el Munal fue gloriosa, acompañada por una brillantísima traducción simultánea, a cargo de Alberto Chimal, de los comentarios de Walcott, quien en cierto momento volteó a ver a Chimal para ver cómo había traducido una elusiva expresión coloquial; Chimal se lo explicó, entró rápidamente en pormenores sobre los matices semánticos y las diferencias de la expresión en español y en inglés y dejó al poeta santalucí con una imborrable expresión de asombro, como si estuviera pensando: “Mira nada más a estos mexicanos, tan inteligentes, tan sagaces”.

Cómo no, me dieron ganas de decirle, para refrendar el sentido de su gesto; mira y escucha, hubiera querido yo decirle, a Enzia Verduchi, a Alberto Chimal, al gran José Luis Rivas; no te olvides de tu amigo Octavio Paz. Mira allá afuera: ésa es la calle más antigua del Nuevo Mundo, la venerable Calzada de Tacuba, y más allá, hacia el oriente, están los restos del Templo Mayor. Sospecho sus respuestas: “Tu país tiene historia; el mío tiene una historia diferente, si acaso puede llamarse así, y no mejor una no-historia, según el pensamiento occidental”. Él, Walcott, hizo la historia y la intrahistoria y la transhistoria del archipiélago de las Antillas Menores: una hazaña de proporciones homéricas, dicho sea con toda intención, a la vista del título de su libro más conocido.

Durante la cena, Walcott insistió en dirigirse a todas y cada una de las mujeres presentes. Se detuvo en un rostro afilado y pálido, y decretó: “Tú te pareces a María Callas”.

En esos días de Guadalajara con Walcott, Rivas y Sigrid Nama, además de otros amigos y compañeros, ocurrieron muchas cosas. No las voy a contar aquí; solamente quiero rescatar un puñado de imágenes y voces. Por ejemplo, la lectura poética a tres voces (Walcott, Rivas y *yours truly*) en una horrenda cafetería de medio pelo: ¿quién demonios pudo escoger ese lugar infame? Estoicos, aguantadores, nos dirigimos hacia allá. Pero debo contar cómo antes se decidieron las cosas y el programa de la velada, inolvidable para nosotros —para Rivas y yo, quiero decir.

Los organizadores de la Cátedra Cortázar habían programado esa lectura de Walcott no sé cuándo; era una lectura de poemas para él solo, naturalmente. Pero él decidió las cosas de otra manera y les dio un rumbo inesperado. Momentos antes de salir para el innoble establecimiento, Walcott levantó la mano como para imponer orden y decretó lo siguiente, como si fuera el Emperador de los Mangos o el Comendador de la Luna del Caribe: “Vamos a hacer un cambio. Voy a leer poemas con ellos, con estos dos”, dijo señalándonos a José Luis Rivas y a mí; nuestro gesto de asombro debió darle mucha risa, pero no soltó ninguna carcajada, sino una explicación formidable: “Esto vamos a hacer. Quiero poder decir, de regreso a casa: *leí con los dos poetas más feos de México*”.

Hay unas fotos muy bonitas de esa lectura. Las guardo en una carpeta blanca, protegidas entre hojas transparentes de plástico. En la posterior sesión de autógrafos veo a algunas caras conocidas, como la de la poeta Silvia Eugenia Castellero. De antes de la lectura hay algunas imágenes de los dos poetas feos y Walcott poniéndose de acuerdo en la lectura de versos. A Rivas le tocó leer más cuartillas: sus propios poemas y las traducciones del santalucí.

De la lectura recuerdo muy poco; mejor dicho: recuerdo la sensación de intenso placer al escuchar la voz del enorme poeta

escandiendo las líneas marinas de *Omeros* y dándonos una estampa cálida e iridiscente de Santa Lucía, sus pescadores, el mar al atardecer, las caletas y el grito de las aves y la tremenda vegetación. Y recuerdo las miradas cruzadas entre José Luis Rivas y yo: “Esto va muy bien, compadre, sigamos así”, como si avanzáramos junto a Derek Walcott por una planicie transparente seguros de nuestro destino, o mejor todavía: sin la menor duda acerca del esplendor de ese largo momento, ya para siempre escrito en el fondo de nuestras vidas.

Este maravilloso hombre de raza negra, de ojos verdiazules, de indudable fuerza física, el Walcott de Guadalajara en el año 2000, regresaría a México una tercera ocasión, muy quebrantado. Vino a la fiesta por el centenario del nacimiento de Octavio Paz y leyó sus poemas en el Palacio de Bellas Artes, junto a otros poetas de diferentes países. Estaba de muy mal ánimo: se desplazaba en silla de ruedas. Sigrid Nama lo sobrellevaba todo con un sentido del humor ahora tristemente ausente en Walcott. El amor entre ellos dos estaba intacto, eso es indudable. Pero apar-

te de su confianza en Sigrid, Walcott sólo sonreía abiertamente cuando departía con Wole Soyinka, el poeta nigeriano cuya voz llenó al ámbito de Bellas Artes como si fuera el profeta Isaías. Walcott, en cambio, leyó con esfuerzos inocultables y apenas disimulaba su deseo de irse de allí cuanto antes. Me apenó verlo en ese estado. Tres años más tarde murió.

Tres veces lo vimos en persona. Para parafrasear la célebre frase de una película, Rivas y yo podemos decir: “El encuentro de 2014 no salió muy bien. Pero siempre tendremos Guadalajara y el Museo Nacional de Arte...”.

La gentileza, la cordialidad y la camaradería de Walcott con sus amigos poetas de México, en ese marzo del año 2000, tiene un reverso estremecedor. Lo supimos más tarde: pocos días antes de convivir y conversar con Walcott, su hermano gemelo Roderick había muerto. El poeta estaba de luto, pero lo escondió para no incomodarnos. Tales eran su espíritu y su genio. Lo extrañaremos siempre y lo recordaremos con inmenso amor y no menor admiración y asombro. **U**

OCHO VERSOS DE DEREK WALCOTT EN VERSIÓN DE JOSÉ LUIS RIVAS

The Schooner *Flight*

You ever look up from some lonely beach
and see a far schooner? Well, when I write
this poem, each phrase go be soaked in salt;
I go draw and knot every line as tight
as ropes in this rigging; in simple speech
my common language go be the wind,
my pages the sails of the schooner *Flight*.
But let me tell you how this business begin.

La goleta *Flight*

¿Alzaste una vez la vista de una playa solitaria,
y viste una goleta en lontananza? Bueno, mientras escribo
este poema, cada frase se empapará de sal;
voy a tensar y anudar cada línea
como los cabos de este aparejo; no se diga más,
mi lenguaje común será el viento,
mis páginas las velas de la goleta *Flight*.
Pero déjenme contarles cómo empezó este asunto.

Del libro de 1979 *The Star Apple Kingdom (El reino del caimito)*.
Tomados de *Pleno verano*, antología de Walcott publicada por Vaso Roto, 2012.